

MIGUEL BONASSO

El camino de Rodolfo Walsh

*me pregunto qué sería
de la belleza de rodolfo ahora
esa belleza en vuelo lento
que le iba encendiendo ojos*
(«Nota VI», Juan Gelman)

Nadie, excepto un profesional de la muerte, hubiera podido adivinar que ese hombre miope, apacible, apenas un profesor jubilado con un sombrero de paja, que discurría entre la muchedumbre de la estación ferroviaria, era Neurus o Esteban, el jefe de inteligencia de Montoneros. Incluso a los ciudadanos bien informados les hubiera costado asociar aquellos alias clandestinos con el escritor que había brillado en los 60 como el investigador riguroso de *Operación Masacre* y el cuentista admirable de los *Oficios terrestres*: Rodolfo Walsh.

Me llaman Rodolfo Walsh. Cuando chico ese nombre no terminaba de convencerme; pensaba que no me serviría, por ejemplo, para ser presidente de la República. Mucho después descubrí que podía pronunciarse como dos yambos aliterados, y eso me gustó.[...] Nací en Choele-Choel, que quiere decir «corazón de palo». Me ha sido reprochado por varias mujeres.

Es el 25 de marzo de 1977. El «jubilado» ha cumplido cincuenta años dos meses antes, pero el disfraz, los lentes de miope y, sobre todo, la muerte en combate de sus mejores amigos como Paco Urondo, o su hija mayor Vicki, lo han hecho más viejo. Un dato favorable para los proscritos, porque los sospechosos de la época son los jóvenes.

Minutos antes de marchar hacia su cita con la muerte, Rodolfo se despide de su compañera Lilia Ferreyra en la estación Constitución. En teoría, se reencontrarán al día siguiente en la casita suburbana que habitan en el pueblo de San Vicente. Y que Walsh ha comprado con un viejo documento falso a nombre de Norberto Freyre; la misma cédula de identidad que usó veinte años antes para esconderse de los asesinos uniformados que habían perpetrado la Operación Masacre.

La casa es tan austera que tiene el piso de ladrillo y carece de luz y gas, pero los ayuda a sobrevivir y soportar las pérdidas con ese terreno que el presunto profesor jubilado ha limpiado de malezas. Allí siguen luchando contra la dictadura militar, pese a la derrota de Montoneros. Rodolfo aún se permite soñar literariamente con un retorno uterino hacia el Sur, hacia la recuperación de las tierras esteparias y los caballos de la infancia.

Mañana, ese 26 de marzo de 1977 que no llegará para Walsh, Lilia debe regresar a San Vicente, acompañando a Patricia, la otra hija de Rodolfo, y al primer nieto varón que el abuelo aún no conoce. Antes de salir del pueblo han encargado dos kilos de asado para la fiesta familiar. Al subir al tren que los llevará a la estación Constitución, los alcanza el hombre que les ha vendido la casa y les entrega el boleto de compra-venta. Para no demorar la llegada a Buenos Aires, Walsh lo guarda entre sus ropas. Un error de principiante, que comete a sabiendas, obligado por su sentido de la solidaridad: un compañero le ha pedido cobijo y si pierde este tren no va a llegar a la cita.

Treinta años más tarde, Lilia lo sigue viendo en la escena de la despedida. Con su sombrero de paja, sus lentes de Clark Kent y el portafolios de plástico donde lleva varios ejemplares de la carta del escritor a la Junta Militar que la pareja ha copiado a máquina la noche anterior. La noche del 24 de marzo. El primer aniversario del golpe. La idea es enviarlas por correo a periodistas locales y extranjeros, para tratar de romper el cerco informativo de la dictadura. Walsh la ha concebido a la manera latina, como una formidable catilinaria.

La censura de prensa, la persecución a intelectuales, el allanamiento de mi casa en El Tigre, el asesinato de amigos queridos y la pérdida de mi hija que murió combatiéndolos, son algunos de los hechos que me obligan a esta forma de expresión clandestina después de haber opinado libremente como escritor y periodista durante casi treinta años.

Rodolfo sonríe cuando ella le recuerda que riegue las lechugas del huerto. Y enseguida se aleja. Nadie advierte que el jubilado calza una Walter PPK calibre veintidós, entre el cinturón y la piel, bajo la

camisa, justo sobre los genitales. Lilia lo sabe porque la pistola es un regalo que él le hizo para su cumpleaños. Y sabe que Rodolfo la porta porque no está dispuesto a que lo agarren vivo. Pero ni ella ni él sospechan que ya está montada la ratonera que cerrará el círculo.

Ignoran un dato esencial: el joven compañero que le ha «tirado la cita» por un teléfono alquilado, el muchacho que le pide cobijo, está en manos del Grupo de Tareas 33/2 de la Escuela de Mecánica de la Armada; el centro de reclusión clandestina que se especializa en la caza de montoneros.

El capitán de corbeta Jorge Eduardo «El Tigre» Acosta, jefe de inteligencia del GT33/2, ha torturado personalmente al joven militante hasta quebrarlo y lograr que entregue a Walsh en una cita envenenada.

[...] han despojado ustedes a la tortura de su límite en el tiempo. Como el detenido no existe, no hay posibilidad de presentarlo al juez en diez días según manda la ley que fue respetada aun en las cumbres represivas de anteriores dictaduras. La falta de límite en el tiempo ha sido complementada con la falta de límite en los métodos, retrocediendo a épocas en las que se operó directamente sobre las articulaciones y las vísceras de las víctimas, ahora con auxiliares quirúrgicos y farmacológicos de que no dispusieron los antiguos verdugos.

La Marina de Guerra argentina tiene varios motivos para considerar al escritor como un trofeo mayor. Le reprochan su historia militante que supone una «traición de clase»: su hermano es piloto naval retirado y ha participado en los criminales bombardeos que precipitaron la caída de Juan Domingo Perón en 1955. Rodolfo debía ser «uno de ellos» y en cambio ha elegido sumarse a los sectores populares. «Los negros», según sintetiza la oligarquía.

En junio de 1956, la llamada «Revolución Libertadora», que comandaban militares como el hermano de Walsh, fusiló a militares y civiles peronistas que se habían alzado para reponer al gobierno popular de Juan Domingo Perón. Algunos fusilamientos fueron «legales» (es decir ordenados por tribunales castrenses de acuerdo a la ley marcial promulgada por la dictadura), pero también hubo fusilamientos clandestinos que se produjeron antes de que se instalara oficialmente la pena de muerte.

Walsh ha vivido ajeno a estos asesinatos de los «libertadores» y a la colisión social que produjo la caída de Perón. Le interesa la literatura policial (de hecho es autor de unos relatos aceptables que luego repudiará) y le apasiona el ajedrez. Pero una noche de junio de 1956, mientras mueve las piezas en un café de la ciudad de La Plata oye unos tiros y sale con otros parroquianos a ver qué ocurre. Se ha levantado el Regimiento 7 de La Plata y las fuerzas leales a la dictadura vienen a reprimir el alzamiento. Ya de madrugada, escondido en su propia casa, escuchará morir a un conscripto frente a su ventana. Y ese hombre no gritaba «viva la patria», sino «no me dejen solo, hijos de puta». Sin embargo, pese a los tiros y el muerto, la conciencia aún es ingenua, autista:

Después no quiero recordar más, ni la voz del locutor anunciando que dieciocho civiles han sido ejecutados en Lanús, ni la ola de sangre que anega el país hasta la muerte de Valle. Tengo demasiado para una sola noche. Valle no me interesa. Perón no me interesa, la revolución no me interesa. ¿Puedo volver al ajedrez? Puedo.

Unos meses más tarde, en el verano de 1957, en ese café donde iba a estudiar las jugadas de Capablanca, alguien se le acerca y le confirma en voz baja lo que se rumorea en algunos corrillos populares: «hay un fusilado que vive». Es decir: hay un sobreviviente que puede dar testimonio acerca de los fusilamientos clandestinos.

Entonces, movido todavía por la conciencia ingenua, creyéndose uno de esos detectives-periodistas de la novela negra o de las películas clase B, decide hallar al ignoto sobreviviente. Lo encontrará y, pese al terror del testigo, logrará entrevistarlo. Luego irá descubriendo que hay otros muertos-vivos de los basurales, que irá interrogando uno a uno hasta lograr reproducir –en todos sus atroces detalles– la noche de la masacre.

Al final de la investigación, que incluirá documentos irrefutables donde se prueba la culpabilidad del jefe de policía de la provincia de Buenos Aires, descubrirá desilusionado que nadie lo aplaude ni se apresta a otorgarle un Pulitzer. Los editores lo rechazan porque esta novela policial real presenta un criminal atípico, que ya no es el mayordomo, sino el propio Estado.

Tras muchos esfuerzos, logra que una publicación peronista semimarginal le publique las notas en folletín. Folletín que, a semejanza de los antecedentes decimonónicos, acabará transformándose en libro. Sin embargo, esa publicación y las sucesivas que hubo hasta que la investigación se convirtiera en libro,

cambiarán al propio autor. El jefe de policía lo persigue, tiene que refugiarse en una isla de El Tigre y conseguirse un documento de identidad a nombre de Norberto Freyre.

No lo sabe, pero con *Operación Masacre*, acaba de fundar el género de la *non fiction* o el *new journalism*, mérito que la crítica internacional adjudicará a Truman Capote por *A sangre fría*, publicada siete años más tarde. Como bien dijo el escritor mexicano José Emilio Pacheco:

Walsh llegó por la literatura al periodismo (un periodismo que en ningún momento deja de ser, y en su instancia más alta, lo primero) y por sus investigaciones narrativas que empezaron como denuncia de injusticias concretas desembocó en la militancia.

La investigación lo cambia para siempre. Cuando la rescribe para darle forma de libro ya no se asombra de que el sistema premie a sus verdugos en vez de castigarlos. El escritor comienza a convertirse en militante.

Una estación esencial en la metamorfosis de Walsh fue la Cuba de 1959, con su Revolución recién estrenada. Rodolfo viajó a La Habana en mayo de ese año decisivo, convocado por su compatriota y colega Jorge Ricardo Masetti, para fundar Prensa Latina junto a un elenco formidable de periodistas y escritores latinoamericanos, entre los que se contaban Gabriel García Márquez, Plinio Apuleyo Mendoza, Juan Carlos Onetti, Rogelio García Lupo, Edgar Triveri, Teddy Córdoba y Eleazar Díaz Rangel.

Vivíamos, puede decirse, al pie de la teletipo, pero no recuerdo un trabajo que se hiciera con tanta felicidad. Masetti era incansable, un temperamento meridional, lleno de recóndito humor. Un tabaco y una guayabera que alternaba con el traje oscuro y la corbata negra, le bastaban para sentirse «aplatanado» sin abandonar una sola inflexión de su lenguaje porteño. Era pintoresco verlo irrumpir en la redacción donde predominaban los cubanos y gritar sus órdenes tratando a todo el mundo de vos. Se casó, por segunda vez, con su secretaria cubana. De madrugada, cuando cerraban los últimos canales, había tiempo para reunirse en su oficina donde circulaba un mate y un tocadiscos pasaba un tango. Alguna vez la presencia de un centinela guajiro en la puerta indicaba la presencia del Che. La amistad que los unía llevaba el sello indisoluble de la Sierra.

Debido a su pudor, Walsh ocultó en la primera persona del plural lo que fue una hazaña individual: «Algunas veces excedíamos los límites habituales del periodismo. Fue Prensa Latina la que señaló con meses de anticipación el lugar exacto en Guatemala –la hacienda de Retalhuleu– donde la CIA preparaba la invasión a Cuba». La magnitud de aquel descubrimiento recién sería develada por García Márquez, en 1977, en una nota titulada «El escritor que se le adelantó a la CIA».

Una noche, revisando los cables de la competencia, Walsh descubrió en el servicio de la Tropical Cable una larga tira de números que carecía de sentido a menos que se tratara de un mensaje en clave. Se compró en las librerías de viejo varios manuales de criptografía y lo que encontró no sólo fue una noticia sensacional para un periodista militante, sino una información providencial para el gobierno revolucionario de Cuba. El cable estaba dirigido a Washington por el jefe de la CIA en Guatemala y era un informe minucioso de los preparativos de un desembarco en Cuba por cuenta del gobierno norteamericano.

Algunos años más tarde, cuando regresó a Buenos Aires, Walsh inició una militancia orgánica en la CGT de los argentinos, la central obrera más combativa.

Allí siguió con el método del folletín por entregas, para dar a conocer otra de sus grandes obras de no ficción: *¿Quién mató a Rosendo?* Cada tanto, la nostalgia lo llevaba de regreso a La Habana, donde integraría el jurado del Premio Casa de las Américas.

En la década del 70 profundizó su compromiso revolucionario al integrarse a Montoneros, la organización guerrillera de la izquierda peronista, en la que también militaban su gran amigo el poeta Francisco Urondo y su hija María Victoria (Vicki) Walsh.

A fines de 1976, en informes internos que sólo se harían públicos años después de su muerte, criticaría con gran altura la línea militarista y aparatista en que había caído la conducción montonera. «La vanguardia» –advertía– «corre el riesgo de convertirse en una patrulla perdida».

Crítico pues de la dirección montonera, pero fiel al heroísmo de Paco, Vicki y tantos otros compañeros, decidió quedarse clandestinamente en el país junto a su compañera Lilia Ferreyra, para dar batalla a su manera. Así creó la Agencia de Noticias Clandestina (ANCLA) que comenzó a develar la tenebrosa realidad que se ocultaba bajo la retórica triunfalista de los militares. El horror de los campos de concentración, como el que funcionaba en la Escuela de Mecánica de la Armada.

Y en eso estaba, cuando recibió un mensaje desde las sombras pidiéndole ayuda.

La cita es a las dos de la tarde, en una avenida del sur de Buenos Aires. Catorce represores del GT 33/2 de la ESMA (Escuela de Mecánica de la Armada), conducidos por el propio «Tigre» Acosta, montan guardia en las inmediaciones. Hay marinos, policías, oficiales retirados del Ejército. Un célebre cazador de hombres, el teniente de corbeta Alfredo Astiz (alias Cuervo, Rubio o Ángel de la Muerte), se apresta a *tacklear* al escritor cuando trasponga la línea fijada por el comando. Pero no llega ni a intentarlo, Rodolfo percibe algo extraño en su derredor y se da vuelta abruptamente con la Walter en la mano. Los que tienen la orden de capturarlo vivo no quieren correr riesgos y abren fuego. Rodolfo se parapeta detrás de un árbol. El subcomisario de la Policía Federal Ernesto Enrique Frimon Weber (alias Armando ó 220) lo relatará más tarde a un prisionero de la ESMA con estas palabras: «Yo tiraba y tiraba y él seguía de pie al lado del árbol, hasta que al fin cayó». Un prisionero lo vio llegar cadáver a la enfermería de la ESMA: «quedó esa noche tirado en un pasillo, y dicen que después lo desaparecieron junto al río y con el fuego...».

Al hurgar entre sus ropas, los asesinos encontraron el boleto de compra-venta de la casa de San Vicente y esa noche la acribillaron a balazos y bazucazos, después de llevarse el archivo y los escritos inéditos de Walsh, que treinta años más tarde siguen desaparecidos como el cuerpo de Rodolfo.

Treinta años más tarde, bien puede adaptarse al propio Walsh lo que él escribió en homenaje a su hija María Victoria:

En el tiempo transcurrido he reflexionado sobre esa muerte. Me he preguntado si mi hija, si todos los que mueren como ella, tenían otro camino. La respuesta brota desde lo más profundo de mi corazón y quiero que mis amigos la conozcan. Vicki pudo elegir otros caminos que eran distintos sin ser deshonorosos, pero el que eligió era el más justo, el más generoso, el más razonado. Su lúcida muerte es una síntesis de su corta, hermosa vida. No vivió para ella, vivió para otros y esos otros son millones. Su muerte sí, su muerte fue gloriosamente suya [...]